

Alexander
Lowen

El narcisismo

La enfermedad de nuestro tiempo



Alexander Lowen

El narcisismo

La enfermedad de nuestro tiempo

Traducción de Matilde Jiménez Alejo

Título original: *Narcissism*, de Alexander Lowen
Publicado en inglés por Simon & Schuster Inc., Nueva York

Traducción de Matilde Jiménez Alejo

Cubierta de Judit G. Barcina

1ª edición, 2000

1ª edición en esta presentación, marzo 2014

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© 1985 by Alexander Lowen

© 2000 de la traducción, Matilde Jiménez Alejo

© 2000 de todas las ediciones en castellano,

Espasa Libros, S. L. U.,

Avda. Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona, España

Paidós es un sello editorial de Espasa Libros, S. L. U.

www.paidos.com

www.espacioculturalyacademico.com

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-493-3013-1

Depósito legal: B-2.206-2014

Impreso en Book Print

Botànica, 176-178 - 08908 L'Hospitalet de Llobregat (Barcelona)

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico

Impreso en España – *Printed in Spain*

SUMARIO

Agradecimientos	9
Introducción	11
1. El espectro del narcisismo	15
2. El papel de la imagen	43
3. La negación de los sentimientos	69
4. Poder y control	101
5. Seducción y manipulación	131
6. El horror: el rostro de lo irreal	161
7. El miedo a la locura	191
8. Demasiado y demasiado pronto	209
9. La locura de nuestro tiempo	237

Capítulo 1

EL ESPECTRO DEL NARCISISMO

¿Qué caracteriza al trastorno narcisista? La historia de Eric, que explicaré a continuación, es un ejemplo claro. Aunque este paciente era un caso poco corriente, en el sentido de que se daba en él una ausencia casi *completa* de sentimientos, lo cierto es que, como veremos, actuar con frialdad emocional es el trastorno básico que distingue a la personalidad narcisista.

EL CASO DE ERIC

Eric acudió a mi consulta acompañado de Janice, su novia, porque su relación estaba en crisis. Aunque llevaban varios años viviendo juntos, ella decía que no quería casarse con él, a pesar de lo mucho que le amaba, porque sentía que su relación era incompleta, que la hacía sentirse insatisfecha, vacía. Cuando pregunté a Eric qué sentía él, me respondió que no entendía la queja de su compañera. Desde su punto de vista, él hacía todo lo que podía para llenar las necesidades de Janice, y si ella le dijese qué es lo que la hacía feliz, él no dudaría en intentarlo. Janice dijo entonces que no era ése el problema, sino que fallaba algo en la forma de reaccionar de él. Así que pregunté a

Eric, de nuevo, acerca de sus sentimientos. «¡Sentimientos!», exclamó. «No tengo sentimientos. No sé qué quiere decir con eso. Yo programo mi conducta para actuar con eficacia en el mundo.»

¿Cómo se puede explicar qué son los sentimientos? Es algo que sucede, no algo que uno hace. Se trata de una función corporal, no de un proceso mental. Eric estaba bastante familiarizado con los procesos mentales, debido a su trabajo en un campo de la alta tecnología que requería conocimientos de operaciones con ordenador. De hecho, él veía la «programación» de su conducta como la clave del éxito en la vida.

Le puse el ejemplo de cómo se le acelera el corazón a un hombre enamorado cuando ve a su amada. Eric contraatacó diciendo que eso era tan sólo una metáfora. Le pregunté qué pensaba él que era el amor si no se trataba de un sentimiento físico. Amor es, respondió él, afecto y respeto hacia la persona amada. Esto, pensaba, era algo de lo que él era perfectamente capaz y, sin embargo, parecía que Janice deseaba otra cosa. No era la primera mujer que se quejaba de la incapacidad de Eric para amar, pero él nunca había logrado comprender qué querían decir con eso. Le señalé que una mujer desea sentir que el hombre se excita y se le ilumina la cara cuando la ve. El amor es ardor, pasión, además de afecto y respeto.

Eric afirmó que no deseaba que Janice le dejase, que estaba convencido de que ambos formarían un estupendo equipo como padres y como compañeros pero que, aun así, si la pareja se rompía él no iba a sufrir, porque hacía mucho tiempo que se había vuelto inmune al dolor. Cuando era niño se entrenaba en contener el aliento hasta que el sufrimiento se esfumaba. Le pregunté si le molestaría que Janice tuviera otro amante y me dijo que no. «¿No se sentiría celoso?», pregunté de nuevo, y respondió: «No, ¿qué son los celos?». Si uno no tiene un sentimiento de dolor o de pérdida cuando la persona amada te deja, entonces no puedes sentir celos. Este sentimiento

surge del temor que se genera ante la posibilidad de la pérdida del amor.

Cuando Eric y Janice se separaron, ella se quedó con el perro. Un día, al ver al animal por la calle sintió un dolor en el costado. Me preguntó muy serio: «¿Es eso un sentimiento?».

¿Qué había podido suceder para que un ser humano se transformase en una máquina sin sentimientos? Mi hipótesis fue que durante la infancia de Eric los sentimientos estuvieron demasiado o demasiado poco presentes. Cuando le mencioné esta posibilidad, me dijo que era cierta en ambos sentidos. Mientras que su madre estaba siempre al borde de la histeria, su padre no expresaba jamás sentimiento alguno. Dicho con sus propias palabras, la frialdad y la hostilidad del padre casi volvió loca a la madre. Según Eric, era como una pesadilla, pero me aseguró que él no sufría por ello. «Mi falta de sentimientos no me molestaba. Lo llevaba muy bien.» Lo único que pude responder a Eric fue: «Un hombre muerto no siente dolor y nada le molesta. Tú simplemente te has matado a ti mismo». Pensé que esta afirmación le haría reaccionar, pero para mí sorpresa respondió: «Ya sé que estoy muerto».

Siguió diciendo: «Cuando era joven, estaba aterrorizado ante la idea de la muerte. Pensé que estando muerto, ya no habría nada que temer. Así que decidí morir. Nunca pensé que llegaría a cumplir los veinte años. De hecho, estoy sorprendido de seguir vivo».

La actitud de Eric ante la vida quizás impresione por extraña al lector. Él se consideraba a sí mismo como una «cosa», incluso utilizó este término al describir la imagen que tenía de sí mismo. Tomándose a sí mismo como un instrumento, se había propuesto hacer algo bueno por los demás, aunque admitía que ello también le procuraba satisfacción a él. Por ejemplo, se describía como un estupendo compañero sexual, capaz de proporcionar mucho placer a una mujer. En ese punto, su novia dijo: «El sexo con él está muy bien, pero no hacemos el amor». Al estar

muerto emocionalmente, Eric obtenía muy poco placer físico de la relación sexual. Su satisfacción provenía de la respuesta femenina pero, debido a la falta de implicación personal de Eric, ésta era limitada, lo que resultaba del todo incomprensible para él. Le expliqué que la respuesta erótica del hombre produce en la mujer una mayor y más profunda excitación que la lleva a experimentar un orgasmo más completo. A su vez, la excitación de la mujer estimula la del hombre. Sin embargo, esta reacción mutua sólo se produce a nivel genital, es decir, durante el coito. Eric admitió que prefería masturbar a una mujer porque las manos eran más sensibles que el pene. En efecto, hacer el amor era más un servicio prestado a la mujer que una expresión de la pasión. Eric no sentía pasión.

Con todo, los sentimientos no podían estar completamente ausentes en él, de lo contrario no habría acudido a mi consulta. Vino porque sentía que algo iba mal, aunque a la vez negase que esa situación generaba en él algún sentimiento; sabía que algo tenía que cambiar, pero al mismo tiempo había desarrollado defensas poderosas para protegerse del cambio. Hasta que un terapeuta no comprende plenamente la función de las defensas de una persona no es posible derribarlas, y eso requiere además la colaboración del paciente: ¿Por qué Eric había erigido una barrera tan poderosa frente a los sentimientos? ¿Por qué había hecho de su carácter una tumba donde enterrarse en vida? ¿De qué tenía miedo?

La respuesta, estoy convencido, es que temía a la locura. Eric hablaba de su miedo a la muerte, y creo que era cierto. Sin embargo, el miedo a la muerte era consciente, mientras que el miedo a la locura era inconsciente y, por tanto, mucho más profundo. Considero que el temor a la muerte a menudo surge de un deseo inconsciente de morir. Eric prefería estar muerto que volverse loco. Y esto significa que se hallaba más cerca de la locura que de la muerte. Estaba convencido (aunque de manera inconsciente) de que se desbordaría si permitía aflorar

cualquier sentimiento a la esfera de la conciencia; creía que le arrollaría un torrente de emociones que acabaría por volverle loco. En su inconsciente, equiparaba sentimientos y locura, lo que asociaba con su histérica madre. Se identificaba con su padre, y relacionaba voluntad, razón y lógica con salud y poder. Tenía una autoimagen de persona «sana», que es capaz de estudiar una situación y reaccionar ante ella de manera lógica y eficiente. Sin embargo, la lógica es tan sólo la aplicación a una premisa dada de ciertos principios de pensamiento. Por tanto, que algo sea lógico depende de la premisa que se tome como punto de partida.

Le señalé a Eric que la locura describe el estado de una persona que está desconectada de la realidad. Como los sentimientos son una realidad básica de la vida humana, perder el contacto con ellos es un signo de enfermedad. Desde este punto de vista, le dije que, a pesar de la aparente racionalidad de su conducta, no se le podría considerar sano. Mi comentario le afectó mucho y me hizo varias preguntas acerca de la naturaleza de la locura. Le expliqué que los sentimientos nunca son insanos, sino que siempre son válidos para la persona que los experimenta. Sin embargo, cuando ésta no puede aceptarlos o contenerlos, se siente escindida o trastornada —porque le parece que sus sentimientos no tienen «sentido»—. No obstante, negarlos tampoco tiene sentido alguno. Tal negación sólo se puede llevar a cabo disociando el yo del cuerpo, y ésta es la base para sentirse vivo.¹ Además, ello requiere un constante esfuerzo por parte de la persona para suprimir los sentimientos, para actuar «como si no existiesen». Esto es agotador y está falto de sentido. Comparé a Eric con un fugitivo que huye de la justicia, a la que

1. Este tipo de disociación es el mecanismo básico que subyace en el fondo del proceso de esquizofrenia. Véase una descripción más completa y detallada de este concepto en Alexander Lowen, *The Betrayal of the Body*, Nueva York, Macmillan, 1967.

no se atreve a entregarse aunque le resulta insoportable seguir ocultándose. Sólo puede alcanzar la paz si se rinde. Si Eric podía aceptar que su actitud no era sana, entonces iniciaría el camino hacia la salud. Le pareció que esta explicación tenía mucho sentido.

A partir del caso de Eric, ¿qué podemos aprender acerca de lo que caracteriza al trastorno narcisista? Considero que el rasgo más importante es la ausencia de sentimientos. Aunque Eric era un extremo y los había suprimido casi por completo, la falta o negación de sentimientos es típica de todos los individuos narcisistas. La necesidad de proyectar una imagen era otro aspecto narcisista evidente en la personalidad de Eric. Se presentaba como alguien comprometido con «hacer el bien a los demás», por decirlo con sus propias palabras. Sin embargo, esta imagen era una perversión de la realidad. Lo que él llamaba «hacer el bien a los demás» representaba un ejercicio de poder sobre las otras personas. A pesar de que afirmaba tener buenas intenciones, su actitud rayaba en lo diabólico. Por ejemplo, bajo un disfraz bondadoso Eric explotaba a su novia: tomaba su amor sin corresponderla con el suyo. Este tipo de explotación es común en todas las personalidades narcisistas.

En este punto surge una pregunta: ¿se podría decir que Eric, en su ejercicio de poder, se siente «grandioso»? Después de todo, él se describía a sí mismo como una «cosa», lo que no suena precisamente a grandiosidad. Sin embargo, el «yo» observador y controlador de la cosa que dice ser, es arrogante y se cree superpoderoso. Esta arrogancia del ego se encuentra en todas las personalidades narcisistas, con independencia de que se produzcan fracasos o de la existencia de una baja autoestima.

UNA DEFINICIÓN DEL NARCISISTA

A través del caso de Eric se puede empezar a vislumbrar el perfil que configura el retrato del narcisista.

¿Cómo podríamos definirlo de manera más precisa? En lenguaje coloquial se describe a la persona narcisista como aquella cuya preocupación se centra en ella misma con exclusión de cualquier otra. Como dijo Theodore I. Rubin, destacado psicoanalista y escritor: «El narcisista se convierte él mismo en su propio mundo y a su vez cree que el mundo entero es él».² Ésta es sin duda la imagen general. Otto Kernberg, otro relevante psicoanalista, aporta una visión más concreta. En los narcisistas, según sus propias palabras, «se encuentran diversas combinaciones de ambición desmedida, fantasías de grandeza, sentimientos de inferioridad y excesiva dependencia de la admiración y aclamación externas». En su opinión, también son características de la persona narcisista la «inseguridad e insatisfacción crónicas acerca de sí misma, la explotación consciente o inconsciente de los demás y la crueldad hacia las otras personas».³

Sin embargo, este análisis descriptivo de la conducta narcisista sólo nos sirve para identificar a una persona narcisista, no basta para entenderla. Para eso, es necesario mirar bajo la superficie de su comportamiento para ver el trastorno de personalidad que subyace. La cuestión es: ¿qué lleva a una persona a ser explotadora y a actuar sin piedad con los demás, y al mismo tiempo a sufrir de inseguridad e insatisfacción crónicas?

Los psicoanalistas consideran que el problema se desarrolla durante la temprana infancia. Kernberg señala la «fusión del yo ideal, del objeto ideal y de la imagen del yo real, como defensa contra una realidad intolerable en el ámbito interpersonal».⁴ Expresado de una forma menos técnica, lo que dice Kernberg es que el narcisista queda atrapado en su imagen. En realidad, no puede distinguir

2. Theodore I. Rubin, «Goodbye to Death and Celebration of Life», *Event*, vol. 2, nº 1, 1981, pág. 64.

3. Otto Kernberg, *Borderline Conditions and Pathological Narcissism*, Nueva York, Jason Aronson, 1975, pág. 264.

4. *Ibidem.*, pág. 231.

entre la imagen de quién imagina que es y la imagen de quién es en realidad. Las dos visiones se funden en una sola. Sin embargo, quizás esta afirmación todavía no resulta lo bastante aclaratoria. Lo que sucede es que el narcisista se identifica con la imagen idealizada de sí mismo. La imagen del yo verdadero queda perdida (si esto se produce porque se fusiona con la idealizada o porque se deja de lado en favor de esta última es relativamente poco importante). Los narcisistas no funcionan basándose en una imagen del yo real, porque ésta les resulta inaceptable. Pero ¿cómo pueden ignorar o negar su realidad? Lo consiguen porque no miran a su verdadero yo. Existe una diferencia entre el yo y su imagen, del mismo modo que también existe entre la persona y su reflejo en el espejo.

De hecho, hablar tanto de las imágenes apunta hacia un punto débil en la orientación psicoanalítica. En su explicación de los trastornos narcisistas subyace la creencia de que aquello que sucede en la esfera de lo mental determina la personalidad. No tiene en cuenta que lo que pasa a nivel corporal influye en el pensamiento y el comportamiento tanto como lo que sucede en la mente. La conciencia se vale de imágenes (o incluso depende de ellas) para regular los actos. Pero, hay que recordar que una imagen implica la existencia de un objeto al que representa. La imagen del yo —ya sea de grandeza, idealizada o real— está relacionada con el yo, y el yo es *más* que una imagen. Es necesario dirigir la atención hacia el yo, esto es, el yo corporal, que se proyecta en el ojo de la mente como una imagen. Dicho sencillamente, el yo es equiparable al cuerpo vivo, que incluye la mente. El sentido del yo depende de la percepción de lo que está sucediendo en el cuerpo. La percepción es una función de la mente y crea imágenes.

Si el cuerpo es el yo, la imagen del yo real tiene que ser una imagen corporal. Sólo es posible dejar de lado la imagen del yo real por medio de negar la realidad del yo *encarnado*. Los narcisistas no niegan que tienen un cuer-

po. Su comprensión de la realidad no es tan débil. Pero ven el cuerpo como un instrumento de la mente, sujeto a la voluntad de ésta, que opera de acuerdo con sus imágenes, sin sentimiento. Aunque el cuerpo se puede utilizar eficazmente como un instrumento, rendir como una máquina o agradar como una estatua, en este caso le falta «vida». Y es el sentimiento de estar vivo el que da origen a la experiencia del yo.

En mi opinión, está claro que la perturbación básica de la personalidad narcisista es la negación del sentimiento. Yo definiría al narcisista como una persona cuyo comportamiento no está motivado por los sentimientos. Pero aún nos queda otra pregunta por responder: ¿por qué querría alguien negar los sentimientos? Y relacionada con ésta surge otra: ¿por qué están tan presentes los trastornos narcisistas en la cultura occidental?

NARCISISMO FRENTE A HISTERIA

En general, la pauta de una conducta neurótica en un momento determinado refleja la influencia de fuerzas culturales en acción. Por ejemplo, durante el período victoriano, el tipo de neurosis más frecuente era la histeria. La reacción histérica es el resultado de condenar la excitación sexual. Puede tomar la forma de una explosión emocional, que inunda el ego abriéndose paso a través de las fuerzas represivas. Es posible que entonces la persona, perdido el control, empiece a llorar o gritar. Sin embargo, si las fuerzas represivas mantienen su dominio e impiden la expresión de cualquier sentimiento, entonces lo más probable es que la persona en lugar de llorar o gritar se desmaye, como les sucedía a muchas mujeres de la época victoriana ante cualquier manifestación pública de la sexualidad. En otros casos, el intento de reprimir una experiencia sexual temprana y el sentimiento asociado a ésta, puede producir lo que se llama un síntoma de conver-

sión. En esta situación, la persona se ve afectada por alguna enfermedad funcional, como por ejemplo la parálisis, a pesar de que no se encuentre base fisiológica para ello.

Fue a través de su trabajo con pacientes histéricas como Sigmund Freud empezó a desarrollar el psicoanálisis y sus teorías sobre la neurosis. Con todo, es importante no perder de vista el marco social de la época en que él inició sus observaciones. La cultura victoriana se caracterizaba por una rígida estructura de clases. La moral sexual y la mojigatería eran las normas establecidas; y la represión y la conformidad, las actitudes aceptadas. La manera de hablar y de vestir era cuidadosamente controlada y vigilada, especialmente en el seno de la sociedad burguesa. Las mujeres llevaban corsés apretados y los hombres cuello duro. El respeto a la autoridad era lo que exigía el orden establecido. Todo ello tuvo como efecto que se desarrollase en muchas personas un superego estricto y severo, que limitó la expresión sexual y creó ansiedad e intensos sentimientos de culpa acerca de la sexualidad.

Actualmente, casi un siglo después, el contexto cultural ha dado un giro de casi 180 grados. Nuestra sociedad se caracteriza por una crisis de la autoridad fuera y dentro del hogar. Las costumbres sexuales parecen ser mucho más relajadas. La habilidad de la gente para cambiar de pareja sexual se asemeja a su capacidad para desplazarse de un lugar a otro. La mojigatería ha sido reemplazada por el exhibicionismo y la pornografía. A veces uno se pregunta si existe alguna norma aceptable acerca de la moral sexual. En cualquier caso, hoy en día hay muchas menos personas que sufren de ansiedad o se sienten culpables por cuestiones que tienen que ver con el sexo. En su lugar, mucha gente se queja de impotencia, de temores o de insatisfacción en la esfera de lo sexual.

Esta comparación entre el período victoriano y los tiempos actuales es, por supuesto, muy simplificada; sin embargo, resulta útil para ilustrar el contraste entre los neuróticos histéricos de la época de Freud y las persona-

lidades narcisistas de nuestros días. Los narcisistas, por ejemplo, no sufren a causa de un superego severo y estricto. Más bien todo lo contrario. Parece que incluso carecen de lo que se podría considerar un superego normal, que marque algunos límites morales de comportamiento tanto a nivel sexual como en otros ámbitos. Faltos de un sentido de los límites, tienden a «exteriorizar» sus impulsos. Hay una ausencia de autocontención en su forma de responder ante personas y situaciones. Tampoco se sienten atados por costumbres y modas. Se consideran libres de crear su propio estilo de vida, al margen de las normas sociales. En esto también son bastante opuestos a los histéricos que trataba Freud.

No es sólo en el comportamiento donde se ve el contraste, sino que algo similar se observa con respecto a los sentimientos. Se describe a menudo a los histéricos como personas hipersensibles, que exageran sus sentimientos. En cambio, los narcisistas los minimizan; su objetivo es ser «fríos». De manera similar, los histéricos arrastran el pesado lastre del sentimiento de culpabilidad, mientras que los narcisistas parecen haberse liberado de esa carga. La predisposición de estos últimos es a la depresión, a la sensación de vacío, a la ausencia de sentimientos, mientras que los histéricos tienden a sufrir de ansiedad. En la histeria se da un temor más o menos consciente a que se desborden los sentimientos, en cambio en los narcisistas este miedo es mucho más inconsciente. Con todo, estas distinciones son teóricas. A menudo se encuentra una mezcla de ansiedad y de depresión, porque están presentes en la misma persona elementos histéricos y narcisistas. Esto es especialmente cierto en el caso de las personalidades límite, una variedad del trastorno narcisista de la que hablaré más adelante en este mismo capítulo.

Sigamos comparando el contexto cultural de estas dos épocas. La sociedad victoriana enfatizaba los sentimientos pero restringía en gran medida su libre expresión, especialmente en el terreno sexual. La consecuencia fue la his-

teria. La sociedad actual impone relativamente pocas restricciones al comportamiento, e incluso anima a «exteriorizar» los impulsos sexuales en nombre de la liberación, pero minimiza la importancia de los sentimientos. El resultado es el narcisismo. Se podría decir también que en la época victoriana se fomentaba el amor sin sexo, mientras que en nuestros días se fomenta el sexo sin amor. Aunque estas afirmaciones están dentro de la generalización, sacan a la luz el problema central del narcisismo: la negación del sentimiento, y la ausencia de límites que implica. Lo que predomina hoy en día es una tendencia a considerar los límites como restricciones innecesarias del potencial humano. Los negocios se dirigen como si no existieran límites para el crecimiento económico, e incluso en el terreno científico ha surgido la idea de que se puede superar la muerte, esto es, que es posible transformar la naturaleza según la imagen que nos hagamos de ella. El poder, el rendimiento y la productividad se han convertido en los valores dominantes, y han desplazado a virtudes tan «anticuadas» como la dignidad, la integridad y el respeto a uno mismo (véase el capítulo 9).

¿EXISTE UN NARCISISMO PRIMARIO?

El narcisismo, por supuesto, no es exclusivo de los tiempos que corren. Ya existía en la época victoriana y ha estado presente a lo largo de toda la historia de la civilización. Tampoco es nuevo el interés de la psicología por los trastornos narcisistas. Ya en 1914, Freud hizo del narcisismo un objeto de estudio. Aunque al principio utilizó el término para designar a aquellos individuos que obtenían satisfacción erótica a partir de la contemplación de su propio cuerpo, pronto se dio cuenta de que esta actitud se daba en mayor o menor grado en la mayoría de las personas. Incluso consideró que el narcisismo podía ser parte del «comportamiento sexual normal de los seres hu-

manos». ⁵ Originalmente, según Freud, toda persona tiene dos objetos sexuales: ella misma y la persona que la cuida. Esta creencia se basó en la observación de que un bebé podía obtener placer erótico de su propio cuerpo y también del cuerpo de su madre. A partir de aquí, Freud postuló la existencia de un «narcisismo primario presente en todas las personas, que a la larga podía manifestarse como dominante en la elección de objeto». ⁶

La cuestión aquí es si existe un estadio normal de narcisismo primario. Si es así, se podría considerar como una consecuencia patológica el fracaso del niño en evolucionar desde el estadio de él mismo como objeto de amor (narcisismo primario) al del objeto verdadero (el amor dirigido a otra persona). Esta perspectiva que pone el acento en el fracaso evolutivo lleva implícita la idea de que hay una carencia que bloquea el desarrollo normal. Para mí, lo más importante es la idea de que el narcisismo es el resultado de una *distorsión* en el desarrollo. Hay que averiguar qué le *hicieron* los padres al niño, en lugar de simplemente buscar qué es lo que no le hicieron. Desgraciadamente, los niños a menudo están sujetos a ambos tipos de trauma: los padres no les proporcionan suficientes cuidados y apoyo a nivel emocional, al no reconocer y respetar la individualidad de la criatura, pero a la vez intentan seducirlo para moldearlo según la imagen que ellos tienen de cómo debe ser el niño. La falta de cuidados y reconocimiento agrava la distorsión, pero es la distorsión en sí misma la que produce el trastorno narcisista.

Yo no creo en el concepto del narcisismo primario. En lugar de eso, considero todo narcisismo como secundario y originado por dificultades en la relación padres-hijos. Esta visión difiere de la de muchos psicólogos del ego, que

5. Sigmund Freud, «On Narcissism: An Introduction», 1914, en *The Collected Papers of Sigmund Freud*, vol. 4, Londres, Ernest Jones, The Hogarth Press, 1953, pág. 30.

6. *Ibídem*, pág. 45.

identifican el narcisismo patológico como el resultado de un fracaso en superar el estadio del narcisismo primario. Su creencia en un narcisismo primario se basa sobre todo en la observación de que los bebés y los niños pequeños son capaces de verse sólo a sí mismos, de pensar sólo en sí mismos y de vivir sólo para sí mismos.

Durante un corto período después del nacimiento, un niño experimenta a su madre como parte de él mismo, tal como sucedía cuando estaba en el útero. En este punto, la conciencia del recién nacido aún no se ha desarrollado lo bastante como para reconocer la existencia independiente de otra persona. Sin embargo, la conciencia se desarrolla rápidamente. Pronto el niño es capaz de reconocer a su madre como un ser independiente (por ejemplo, le sonríe), aunque sigue funcionando como si su madre estuviera allí únicamente para satisfacer las necesidades de él. Esta expectativa por parte del bebé —que su madre siempre estará a su lado para cuidarle— es lo que se conoce como omnipotencia infantil. Sin embargo, este término es poco adecuado. Como señala el psicoanalista británico Michael Balint: «[El niño] da por sentado que el otro, el objeto que vive como una agradable extensión de sí mismo, tendrá automáticamente los mismos deseos, intereses y expectativas que él. Esto explica por qué a menudo se nombra tal situación como estado de omnipotencia. Esta descripción es de alguna manera discordante, porque no hay un sentimiento de poder; de hecho, no hay necesidad de poder o de esfuerzo, ya que todas las cosas *están* en armonía».⁷

Con todo, el tema del poder a menudo está presente en la relación entre padres e hijos. A muchas madres les disgusta el hecho de que el niño dé por sentado que su mamá siempre estará a su lado para satisfacerle, independientemente de los sentimientos de ella. A los niños mu-

7. Michael Balint, *The Basic Fault*, Nueva York, Brunner/Mazel, 1979 (publicado originalmente en 1969), pág. 20.

chas veces se les acusa de intentar ganar poder sobre sus padres, cuando todo lo que desean es que les entiendan y se cubran sus necesidades. Los niños son totalmente dependientes y sólo pueden pedir lo que desean llorando. Son realmente impotentes. De hecho, son los padres quienes pueden considerarse omnipotentes con respecto al niño, porque tienen literalmente el poder sobre la vida y la muerte de él. Entonces, ¿por qué los adultos a menudo llaman al niño «el rey de la casa»? La idea de omnipotencia infantil sugiere una fantasía de grandeza que justificaría el concepto del narcisismo primario. Aun así, yo creo que son todo imaginaciones de los padres. Ellos proyectan su narcisismo sobre su hijo: «Yo soy especial y por tanto mi niño es especial».

LOS DIFERENTES TIPOS DE TRASTORNOS NARCISISTAS

Hasta ahora he abordado el narcisismo como una unidad, pero en realidad cubre un amplio espectro comportamental; existen diversos grados de alteración o pérdida del yo. Distingo cinco tipos distintos de trastornos narcisistas, en función del grado de alteración y de sus características concretas. Así, las diferencias son tanto cuantitativas como cualitativas. No obstante, el elemento común es siempre el narcisismo.

Éstos son los cinco tipos, en orden ascendente según el grado de narcisismo:

1. Carácter fálico-narcisista.
2. Carácter narcisista.⁸
3. Personalidad límite.

8. Aunque se puede llamar narcisistas a individuos de cualquiera de los cinco grupos mencionados, es posible que surja cierta confusión con respecto al término «carácter narcisista». La especificación «*carácter* narcisista» se refiere sólo a las personas que se incluyen dentro de este tipo concreto de narcisismo.